

CARTA DEL DIRECTOR JORGE LOSADA

La Universidad necesita ser valiente

La Universidad de Salamanca se aleja de los indicadores más prestigiosos del mundo que señalan qué centros de Educación Superior son los más reconocidos internacionalmente. Lo que aparentemente podría ser un problema, ya que año a año la institución académica desciende en el puesto de los rankings tanto internacionales como nacionales, podría dejar de serlo si en la Universidad de Salamanca hubiese un modelo claro a seguir, con identidad y naturaleza propia, que se pudiese alejar del resto de universidades de España, que en los últimos años casi todas están más preocupadas por la puntuación de su reputación y saber cómo salen en los informes que en mejorar la calidad de la propia institución. Lo que ocurre es que la mayoría de las universidades de España se han burocratizado y aparentemente todas son iguales.

El problema de cuando te hacen un examen, y más como estos, es que si tuvieses oportunidad lo más seguro es que no te presentases porque no tienes casi nada que ganar y mucho que perder, porque no juegas en igualdad de condiciones. Pero la realidad es que no te dan opción, no te preguntan y sí te evalúan. Los rankings en su día se crearon como una herramienta para medir la efectividad de las instituciones de Educación Superior, pero en la actualidad parece que los calificadores de universidades solo se preocupan en ver en qué posición sales en la foto. Se basan en unos parámetros que difícilmente pueden ser iguales si la universidad se encuentra en Barcelona, Madrid, Santiago de Compostela o Salamanca, porque las realidades de cada una son

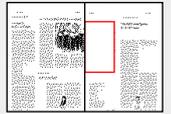


bien distintas, pero eso no lo explican las clasificaciones.

Ahora bien. Los rankings que colocan cada año a Salamanca un poco más abajo de sus listas lo que sí deberían provocar es una autocrítica y preguntarse qué modelo de universidad se está ofreciendo en una Comunidad como Castilla y León. Qué modelo se quiere para una universidad centenaria como la de Salamanca. Y si eso sucede en la USAL, habrá que hacer la misma pregunta en la Universidad Pontificia e incluso hacer

una lectura todavía más profunda de su escuela, que ni aparece en los estudios.

En una región como la nuestra en la que permanentemente se ha intentado complacer a todos los territorios creando aeropuertos, facilitando nuevos campus, muchos de ellos sin sentido, pertenecientes a las universidades públicas, o concediendo nuevas universidades privadas prácticamente allí donde se han solicitado, lo que mayormente se ha provocado es una pérdida de prestigio y



una democratización de la mediocridad. El abrir tantas escuelas ha provocado que un centro de referencia, como es la Universidad de Salamanca, o la Pontificia, pierdan importancia, porque los padres y alumnos a la hora de elegir una escuela ahora saben que tienen una a la puerta de sus casas que antes no existía, sin importarles tanto su nivel y su prestigio porque al fin y al cabo, lo que ofrecen es lo mismo: un título académico. Si a esa realidad sumamos que la crisis y las políticas educativas de los últimos años han castigado el gasto público en educación..., tenemos las excusas perfectas para justificar por qué la Universidad de Salamanca y la Universidad Pontificia de Salamanca pierden peso como referente educativa tanto en España como en el resto del mundo.

Pero la culpa no siempre la pueden tener los otros y algo mal se estará haciendo en la Universidad de Salamanca y la Universidad Pontificia; y ambas lo saben. A las puertas del VIII Centenario de la USAL quizá sea el momento de ser valientes y de empezar a adoptar soluciones.

Parece mentira que con casi ocho siglos de historia se siga argumentando que en la relación sociedad-universidad hay una falta de entendimiento mutuo, pues ni la institución sabe transmitir lo que representa para

la ciudad, ni sus gentes saben apreciarlo. O que una universidad como la Pontificia presente problemas de comunicación, cuando en sus aulas cuenta con muy buenos profesores que cada año forman, precisamente en eso, a decenas de alumnos.

Si la gente brillante se va de Salamanca porque cobra mucho más que aquí, habrá que buscar recursos para poder contratar a los mejores. Habrá que darles facilidades a los investigadores para que investiguen, y no pierdan tiempo en justificar papeles, que para eso existen los administrativos. Habrá que fortalecer al máximo todo aquello en lo que son muy buenas, pues tampoco hace falta fustigarse y pensar que todo se está haciendo mal, porque se están haciendo muchas cosas bien. Habrá que poner en valor las diferencias de nuestras universidades frente a otras escuelas, porque nos avalan ocho siglos de historia que hacen que Salamanca haya sido y sea una escuela única y referente en el mundo.

La función fundamental de la Universidad seguirá siendo la docencia y la investigación, no el atraer universitarios a Salamanca para que alquilen nuestros pisos y alimenten nuestras tiendas. Da igual dónde nos coloquen los informes, o no, pero lo que no da igual es que las universidades de Salamanca se diluyan entre un sinfín de escuelas públicas y privadas que existen en España y sean unas más, porque nunca lo han sido, no lo son y nunca lo serán.

